

rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobra su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquél de hinojos, huye ésta y síguela el amante, andando de rodillas y con los brazos abiertos.... No podría decirte á dónde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniático con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados, que tenía la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejes embaucar por más tiempo.

—Pues, ¿qué no das crédito á mi relación?

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¡Cierta, ciertísima!

—Sí, como lo es el "salto de Alvarado," ó los piratas de Arolas, cuya poesía te sugirió esta leyenda.

IV.

Los nacimientos.

Después de haber recogido hasta la última expresión de la plática antecedente, que, como se vé, nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en

su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto, empezamos á visitar al acaso las piezas que encontramos abiertas. En la parte superior del marco de la puerta de varias, leímos esta inscripción:

Viva María y muera la herejía.

Una de esas piezas era la sala de labor. Perfectamente aseada y apropiada á su objeto, llamaba la atención de todos los visitantes, y hoy, según nos han informado, se pretende convertirla en una brillante galería de pinturas, entrando en ella todas ó las más, que pertenecían á los conventos suprimidos.

No menos espaciosa es la sala que precede al coro alto. En uno de los lados de la entrada al mismo, se vé pintado este cuarteto:

En la caridad perfecta,
En la humildad profunda,
En el silencio extremada,
Y en el hablar circunspecta.

En el lado opuesto se halla el siguiente:

En el coro asiste atenta,
Ora frecuente y devota,

CARILLAS FUNDADA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. C. R. L.

De los cuidados remota,
De tu profesión contenta.

En el piso superior tuvimos ocasión de escuchar las maldiciones que algunas señoras mayores lanzaban contra la reducción de conventos de religiosas; maldiciones proferidas en tono fúnebre, y con ojos centellantes.

Desde allí también se goza la vista del jardín en su totalidad, así como la de los cuatro costados del interior del edificio, cuyo conjunto armonioso abarcado por una simple mirada hacia abajo, se presenta como el nido de la felicidad.

Las viviendas de las señoras religiosas eran unas casitas bien cómodas, ó "confortables," según ya suele decirse, y casi independientes unas de otras. Cuando no podíamos tener de los conventos más idea que la que reflejan los libros, de las vidas de santos; cuando en los sermones oíamos á cada paso éstas ú otras expresiones semejantes: "la austeridad del claustro, la estrechez de la celda, y el humilde rincón donde oculta sus lágrimas el religioso," creíamos positivamente y de buena fe, que los que nos ministraban tales apuntamientos sobre la vida monástica, hablaban en sentido literal. Así es que fué grande nuestro asombro, cuando ya en presencia de las realidades, obser-

vamos que en lugar de la "estrechez y pobreza," había en los monasterios habitaciones excelentes para cada religiosa, y que por el mucho uso que los braseros mostraban haber tenido, se podía concluir que la vida en común, impuesta por los cánones, no existía, á lo menos en la Encarnación, sino para las asistencias á los actos de oración y elecciones de preladas, y á mucho extenderse, para las diversiones domésticas permitidas á las monjas.

En efecto, según parece, no había rectorio como en siglos anteriores, y cada religiosa tenía una sirvienta que le preparaba los alimentos para tomarlos aisladamente en su morada. Sean cuales fueren las ventajas que acarrea este sistema, hay que convenir que no se ajusta á la ley eclesiástica, y que no es el más á propósito para estrechar los vínculos que deben ligar á individuos de una misma familia.

Por lo demás, el menaje de estas moradas era humilde, sencillo, y de una limpieza que no se puede encarecer bastantemente. Si el estado en que se hallaba autorizase una inducción respecto á la moralidad de las personas que le usaban, sería forzoso concluir que las costumbres de éstas resplandecerían por la inocencia. Todo su lujo consistía en varios cuadros colgados á la pared, que representa-

ban imágenes de santos, y en los nacimientos colocados sobre una mesa ó altar que regularmente ocupaba una buena extensión en la pieza principal. Sin aspirar á dar idea de todos esos nacimientos, procuraremos describir uno solo.

El que no los vió se ha de figurar un curso de historia sagrada expresado con muñecos de barro y de cera en una superficie plana de algunos metros.

Aquí, en un sitio poblado de árboles frutales, abrigado por la ladera de un monte y atravesado por un riachuelo cristalino, aparecen Adán y Eva ya en peligro de perder la inocencia primitiva. El árbol de la ciencia del bien y del mal los acoge bajo su funesta copa. La serpiente, formando espiral al rededor del tronco, extiende el cuello en actitud melosa hacia la madre del linaje humano, que tiene una manzana entre los dedos índice y pulgar. Los semblantes de una y otra parecen revelar al mismo tiempo, astucia, curiosidad, cariño simulado, temores y esperanzas. Adán, entre tanto, espera el resultado de este diálogo, mudo, pero elocuente. Las aves, que anidan en las ramas, y las fieras, que se solazan á la sombra, están suspensas ante la grande escena, que va á decidir de la suerte del mundo. He aquí el paraíso terrenal.

No lejos de este primer cuadro, huyen

Adán y Eva, perseguidos por la terrible espada de llamas que los destierra para siempre de la mansión de la felicidad. Eva aplica la mano á la mejilla, para enjugar sus lágrimas; Adán fija una mirada melancólica en las incultas soledades que se dilatan ante sus pasos. ¡Milton!... ¡perdona al nacimiento! ¡perdona á la pluma que la describe!

Mas, ¿quién es esta figura siniestra que vaga desatentadamente por el prado? Brilla en sus ojos una luz satánica, y en la frente marchita por la congoja, asoma algo que espanta.... la marca de la eterna reprobación. ¡Oh, Caín, bajo tu planta se agosta la yerba!.... Allí queda Abel tendido en la márgen de un arroyo, salpicando las flores con la sangre que brota de su herida. Apartemos la vista y contemplemos más acá el suceso que abre una nueva era.

El arca de Noé descansa sobre los montes de Armenia, ya pasado el diluvio. El patriarca recibe de la fiel paloma el ramo de oliva, y á su lado pasan en desorden los animales cansados de encierro y ávidos de espacio donde vagar á sus anchuras. Como restos del cataclismo, se ven todavía algunos espacios cubiertos por las aguas, entre los cuales ruedan los árboles y los cadáve-

res de los hombres. Asoma el Iris en el cielo, y la selva parece sacudir á impulso de la brisa, su cabellera húmeda.

Un paso más. ¡El fuego está consumiendo las ciudades nefandas! ¡Cuánto estrago! ¡Cuánta desolación! Sólo hay salvación para una familia... huyen sin tornar la vista hacia atrás; y ¡ay de la mujer curiosa que volvió el rostro para contemplar el incendio! Ahí está convertida en estatua de sal.

Pasemos esta colina, y veremos extenderse una feraz llanura, donde los ganados pacen en sosiego. Abraham, á la entrada de su tienda de pieles, cerca de una palmera, brinda á los ángeles con la hospitalidad. Una luz apacible anima el semblante de los celestes peregrinos.

Más adelante, en la cima de un collado, se representa la escena del sublime sacrificio de Isaac. Un ángel detiene en el aire la terrible mano con que el patriarca iba á herir á su hijo único. Con una venda en los ojos aguarda éste sobre el ara el golpe mortal; mas el cordero que asoma entre los tallos de una mata contigua, le substituirá en el holocausto.

La escala misteriosa que Jacob vió en sueños, por donde bajaban y subían los ángeles, la escala que unía el cielo con la tierra, símbolo de la oración, imagen

de la aspiración incesante del hombre hacia lo infinito, aparece allá á lo lejos, en el desierto medio oculta por un grupo de nubes tornasoladas.

En seguida, y á poca distancia de una cisterna, se ve una reunión de hombres que al parecer deliberan entre sí sobre la suerte de un joven, el cual se halla en pie en medio de ellos con aire tímido y humilde. Es José, que va á ser vendido por sus hermanos á los ismaelitas.

Poco después, este mismo joven, rígidamente vestido, se presenta en la sala de un palacio ante unos extranjeros, que, poseídos de temor, no se atreven ni á mirarle; pero él los tranquiliza diciéndoles:

—Llegaos á mí, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.

Tras estos cuadros siguen: la hija de Faraón á orillas del Nilo, sacando del agua la cestilla que contiene á Moisés niño;

Los israelitas en el desierto;

Ruth y Booz;

David pulsando el arpa delante de Saul;

El templo de Salomón;

Los israelitas volviendo de la cautividad de Babilonia;

Esdras leyendo al pueblo los libros santos;

San Juan Bautista en el desierto;

La casa de María;

La Anunciación;

Y finalmente, el pesebre de Bethlén, bajo una gruta donde María, José y los pastores contemplan y adoran al niño, que viene á redimir al mundo.

Un ángel suspenso en el aire anuncia: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

Tal es un nacimiento cuerdamente ordenado. En otros, la representación histórica se extiende hasta muchos sucesos posteriores, tales como la adoración de los reyes magos, la degollación de los inocentes, Jesús entre los doctores, su bautismo en el Jordán, la multiplicación de los panes y la conversión de la Samaritana. Los que se paguen de estas fruslerías, decidirán si tratándose de representar un hecho como el nacimiento del Salvador, no es tan absurdo invadir el terreno del Evangelio, como retroceder á los tiempos bíblicos.

Lo curioso, en tales espectáculos, es observar los absurdos y anacronismos de

que regularmente adolecen; y así, no es raro ver campanas en el templo de Salomón, sillones del tiempo de Luis XV, y cama á la Josefina, en la casa de la Virgen, y, lo que es más, ermitaños que en las grutas hacen penitencia delante de un Crucifijo, vestidos con el hábito de San Francisco ó de San Diego.

Mas basta de un asunto tan pueril, en cuyo relato, á fuer de historiadores minuciosos, hemos creído conveniente emplear algunas líneas, pero que no es bien prolongar demasiado.

V

El vîctor.

Antes de salir del patio principal, entremos en el coro alto de las religiosas. Además del órgano, que es de muy graciosa hechura, se ven en su recinto algunos cuadros, debidos á un pincel no despreciable, entre otros, el que representa á Jesús, con la cruz á cuestas, cuyo rostro ha merecido elogios de un inteligente.

No sabemos qué ha sido de la sillería ni de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que estuvo colocada en el re-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. O. N. L. I.

tablo, la cual fué donada al convento á mediados del siglo XVII por una india principal. En el acta de esta donación, que se conserva en el archivo del monasterio, consta que el día fijado para la entrega de la imagen, concurren al templo todos los individuos que componían la familia de la donante, y que puesta aquélla en el altar mayor, alumbrado por cirios, cantaron las monjas una salve muy solemne, después de cuyo acto fué llevada en procesión hasta la portería, donde la recibieron, para colocarla en el retablo del coro. A los lados de éste, y dilatándose hacia adentro de la iglesia, se hallan dos tribunas espaciosas.

El coro bajo es memorable por las tomas de hábito y las profesiones, no menos que por las elecciones de preladas. A la de abadesa concurría el R. Arzobispo ó algún otro eclesiástico, á quien delegaba para el caso con las facultades necesarias.

Este acto pasaba á puerta cerrada. Cerca de la reja del coro, por la parte que da á la iglesia, colocábase bajo dosel el sitial que ocupaba el prelado. Se imploraba el auxilio divino, y por la ventanilla del comulgatorio iban las religiosas depositando en la urna las cédulas con los nombres de las personas á quienes votaban. Reunidas todas, se llevaba la

urna á manos del Arzobispo ó su delegado, para la computación de los sufragios, hecho lo cual, y después de poner luego á las cédulas, se proclamaba electa canónicamente á la nueva abadesa.

Pasaba en seguida el Arzobispo, si era él quien había presidido la elección, á visitar el templo, sacristía y todo el monasterio, para informarse del estado en que se hallaban los objetos pertenecientes al culto y al uso de las religiosas. Despedíase de éstas: acompañábanle hasta la portería, é inmediatamente después se encaminaban á cumplimentar á la prelada recién electa, que las esperaba en el coro. Hacia la entrada, tenían ya dispuesto un carrito triunfal, en el que la hacían montar de grado ó por fuerza, y entre risas y aclamaciones, la paseaban por los corredores, adornados con colgaduras, hasta que, rendidas de cansancio, la dejaban en sus habitaciones.

Tal era la ceremonia del Víctor.

Este festejo era de rigor después de la elección de abadesa, la cual se verificaba según nos han dicho, y ahora sucederá lo mismo cada tres años.

No es improbable que para ganarla se pusiesen en juego algunas intrigas, si bien no de la misma estofa que las que deslustran nuestras elecciones populares. Bajo el sayal y bajo la levita

late de la misma manera el corazón humano.

Sin embargo, la regla de las monjas concepcionistas, que es la que siguen las de nuestro convento, preceptúa en cuanto á elecciones de abadesa lo bastante para hacerlas acertadas. "Procuren las religiosas, (leemos en el capítulo V), con toda diligencia y cuidado elegir tal abadesa, que resplandezca en ella toda virtud, religión y honestidad, y sea mayor no solamente por el oficio, más por buenas obras y santas costumbres. Finalmente, sea tal, que por su ejemplo despierte á sus súbditas á obedecer á Dios con amor, y de tal conversación, que su vida les sea viva predicación."

Del patio principal al llamado de los lavaderos, no había antes más que un paso. En el día están incomunicadas por razón del destino que se ha dado nuevamente á cada uno.

El segundo, como su nombre lo indica, era el local en que se hallaban los lavaderos para uso de la comunidad, perteneciendo cada cual á una reverenda, que por lo mismo tenía inscrito en él su nombre. Al presente, todo se ha transformado. Esta parte del edificio se ve convertida en una casa elegante con gran puerta hacia la calle de Santa Catalina.

balcones, viviendas cómodas, cielos en los corredores, y galería con lienzos de cristales. La lotería nacional ha fijado allí su residencia, y en determinados días concede premios, hiere con desengaños y entretiene á todos sus amantes, como una coqueta, con vanas y halagiernas esperanzas.

Con este patio comunicaba también un departamento pequeño, formado por la casa ubicada en el ángulo opuesto á la esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso; pero esta casa encierra hasta hoy un secreto que vamos á ser los primeros en revelar.

Una Estrella Eclipsada.

En uno de esos años que se pierden en los remotos tiempos de paz inalterable, cuando nuestros abuelos vegetaban creyendo firmemente que vivían; cuando se solemnizaba cada día de San Hipólito la toma de la capital por los conquistadores, con el paseo del pendón que saca-

ba el alférez real, acompañado del virrey, tribunales y nobleza, formando todos una gran cabalgata; cuando para apagar los incendios se hacía uso, á falta de bombas, de plegarias á los santos, cuyas efigies trasladaban en volandas al lugar de la catástrofe; cuando la capital de la Nueva España tenía sus calles desprovistas de aceras y alumbrado, y finalmente, cuando al oír nombrar á Su Majestad el Rey, todos se tocaban el sombrero; en uno de esos años, decimos, hubo una noche en que con motivo de haber recobrado la salud la señora virreina, se veían reunidas en el real Palacio las principales familias de México.

La corte era un remedo de la de España, y era natural; pero en cuanto á lujo y ostentación de riqueza, á veces le excedía; al fin en México y no en la península residían los opulentos dueños de las minas de Tasco, Real del Monte, Fresnillo y Guanajuato. Así es que en esa noche los tertulianos competían en lo costoso de los trajes, como en días anteriores habían competido en lo rumboso de las dádivas que cada cual ofreció á sus excelencias por el fausto acontecimiento.

Brillante era la iluminación de la sa-

la. Algunos pajes en traje de rigurosa etiqueta, estaban á la puerta comisionados para introducir á las damas, las cuales se iban presentando deslumbradoras por su belleza y por las exquisitas galas que vestían. A falta del virrey, á quien asuntos de Estado tenían ausente, eran recibidas por la señora virreina, que las colocaba en asientos correspondientes á su categoría, agasajándolas con finura. Poco después se les servían refrescos en bajilla de oro.

A los acentos de la música, los corazones palpitaban de alegría, la conversación se animaba, los caballeros buscaban con ardientes ojos el semblante de las hermosas, y éstas correspondían con indiferencia ó con graciosas sonrisas.

Entre tanto, varios jóvenes sentados cerca de la puerta, pasan revista por todos los concurrentes y hacen la crónica escandalosa de la ciudad, analizando las familias y narrando la biografía de cada uno de sus miembros.

—¡ Oh, mirad con cuidado aquella hermosa!

—¿Cuál?

—La del cabello negro y rostro pálido.

—Ah! qué ojos, Dios mío!

—Si un ángel tomase forma humana, estos y no otros serían sus ojos.

—Una alma muy sensible y pura asoma por ellos.

—En efecto, son extraordinarios.

—Decís bien: tienen mucho de divino! Cuidado con prendarse!

—Es verdad: ya no es tiempo... el que la obsequia... parece haberse anticipado en su conquista.

—¡Quién!, ¿el hijo del señor virrey?

—Sí.

—¡Cómo la corteja!

—¡Ay amigos! no hay como ser un señor don Carlos!

—Hablais como unos papagayos.

—Pero con sobra de razón.

—Pues poco entendéis de achaques amorosos: el galán se lleva todas vuestras miradas; ¿pero habéis visto hasta ahora con detenimiento á la dama? Ved ¿cómo recibe los servicios de don Carlos?...

—Tienes razón.

—No habla reparado.

—Hay algo de frialdad en el modo de aceptarlos.

—Todo es pura ceremonia.

—Le paga con tristes sonrisas.

—Pero el galán se afana.

—Para no alcanzar nada.

—¿Nada? Estos tunantes con sus humos de próceres castellanos seducen á nuestras criollas con harta más facilidad que nosotros.

—Pero en esta aventura se estrella "su excelencia chica."

—Como que la niña no querrá suerte igual á la de tantas otras conquistas del virreíto.

—¡ Pobres muchachas!

—¡Qué pobres! ¡qué más quieren! El se divierte con todas para ir después á casarse con una grande de España.

La llegada de otro caballero interrumpió la conversación por un instante; pero se reanudó con más fervor luego que aquél vino á formar parte del corro.

—¿De qué se trata, calaveras?

—¡De la reina de la fiesta! de la criatura más linda que ha visto el sol.

—No te dejes arrebatar de un entusiasmo inútil; ya tiene dueño.

—¿Quién?

—¡Quién habla de ser! ¿no ves lo que pasa?

—¿Pero acabaréis de decirme quién es la hermosura que os ha flechado?

—Ve, ¿quién está junto de la virreína?

—¿Al lado izquierdo?

—No, al derecho.

—¡Válgame Dios! ¡Esa es vuestra dulcinea! la obesa de doña Pánfila!... Sí, no lo dudo os ha hechizado con su enorme tontillo, su rostro encendido, sus ojuelos picarescos, y sobre todo, con esa respiración trabajosa que ya la mata....

—¡Con setenta de á caballo! no seas ligero. Ya destrozaste á la matrona; pero mira bien, ¿quién está más acá escuchando los requiebros de don Carlos?

—¡Ah! la hermosa Clara, hija de doña Pánfila!

—¿La conoces?

—¡Qué pregunta! nuestras haciendas son colindantes, y mi familia y la suya se visitan. Pero ¿quién te ha dicho que don Carlos la requiebra?

—Lo supongo.

—Supones bien. Desde que la dama se presentó en la corte por primera vez, la tomó á su cargo y ha dado en llamarle la estrella de México.

—¿Y consigue algo?

—Desdenes, y de los que punzan el alma. Hace bien, porque es mucha mujer para un botarate.

—Tendrá demasiado orgullo.

—Te equivocas. Lo que hay en esto es que, según sospechas, ama á otro hombre en secreto..... ó quizá á ninguno.

—Por fin, ¿ama ó no ama?

—No sé lo cierto. Ella vive muy retirada, y se le ve en la corte por Corpus y San Juan.

—Y es linda si las hay.

Este diálogo se prolongó con el mismo calor hasta muy entrada la noche, y tal parecía que todos aquellos jóvenes estaban enamorados de la dama.

Pero llegó un momento en que la música negó sus armonías á la concurrencia, los cortesanos empezaron á despedirse, y acabó la tertulia.

Pasado algún tiempo, las hermosas bajaban por la escalera platicando alegremente, acompañadas de los caballeros, y en la calle no se oía más que el ruido de los coches que trasladaban á las familias á sus casas respectivas.

El hijo del virrey acompañó á Clara hasta la puerta de su carruaje, con gran disgusto de los adoradores de la ninfa, que envidiaban tanta dicha, especialmente al notar que en el acto de despedirse se mostró menos desdenosa.

II

—Plácemes y enhorabuenas, señora doña Clara. No esperaba menos de tu mucha discreción, y si sigues conducién-

dote de la propia manera, ya tienes asegurada tu fortuna.

—No sé á qué viene esto, madre mía.

—Vamos, niña! ¿Me hacías tan embebida en la plática de la señora virreina? ¿crees que no oí toda tu conversación con el señor don Carlos? ¡qué galante! ¡qué buen mozo! aquello de llamarte el único amor de su alma, el blanco de sus deseos, la estrella más hermosa de este cielo americano, y qué sé yo cuántas cosas más.....

—Señora, si le escuché fué porque era preciso.... hubiera sido gran descortesía.....

—¡Tontuela!, ¿qué crees que me parece mal? Al contrario: el señor don Carlos te dotará, ¡y qué donas!, ¡qué festejos!

—Pero, madre mía, vuesa merced se adelanta demasiado.... no es para tanto.....

—¡Cómo!, ya verás, hija, tú no conoces á los hombres!

—Y además que yo no aspiro á riquezas: tenemos lo bastante para vivir con decoro.

—Lo que sabré decirte es que á estas horas están rabiando más de cuatro mozelas al ver que tú tan sencillamente vestida, tan seria y tan modesta, al-

canzaste lo que ellas no pudieron con todos sus atavíos.

—Repito, señora, que las galanterías de don Carlos nada significan, y yo no las estimo.

—¡Cómo así!, ¿y si me pidiese tu mano?

—Yo, madre mía, con licencia de vuesa merced, se la negaría sin titubear. Mi corazón.....

—¡No sabes lo que te dices! Cuando llegue á realizarse mi sospecha, ya verás cómo varías de resolución.

Así hablaba doña Pánfila con su hija, mientras el coche las conducía á su morada por las calles del Seminario y del Reloj.

III

Una hora después paseaba un embozado frente á la casa contra esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso. Parecía ser un joven que acudía á una cita misteriosa. Sus miradas se dirigían con inquietud hácia los balcones que daban á la calle de la Encarnación; y como la espera se prolongaba, sin que nadie asomase por ellos, para matar el tiempo y animado acaso por

la serenidad del cielo estrellado, comenzó á cantar de esta manera:

¡Dulce imán de mis amores,
Estrella del alma mía!
Si me esquivas tus fulgores
Detesto la luz del día!

Torna á mí los ojos bellos
De que el cielo se enamora,
Porque sus claros destellos
Seducen más que la aurora.

Dame, sí, el mirar divino,
Lleno de casta ternura,
En que me guarda el destino,
Tesoros mil de ventura.

Bello es el sol, bello el mar
Y las flores, vida mía,
Mas sin tí, qué cielo amar?...
Detesto la luz del día!

Apenas se había apagado en la soledad el último acento del canto, cuando el brillo movable de los cristales de un balcón dió á conocer que álguien abría poco á poco la puerta. Tal por lo menos fué la esperanza del trovador.

No se engañó.
Asomó una joven pálida, vestida de

color obscuro, en cuyo pecho brillaba por todo adorno una cruz de diamantes. Parecía el genio de la noche que salía á contemplar la inmensidad del espacio, tachonado de estrellas.

Al verla el desconocido, encaminó los pasos hasta situarse debajo del balcón.

—¿Por qué tardabas, alma mía?, ¿te es ya menos grato concederme un momento de ventura?, has visto en Palacio algún objeto menos indigno que yo de tu cariño? Dime, ¿quién te ha cautivado?

—¡Oh, cuán injusto eres, Gonzalo!...

—Perdona, dueño de mi vida, que me exprese así contigo; pero es tanto lo que temo... ¡eres tan seductora!, ¡hay tantos que darían su vida por alcanzar un momento como el que disfruto! Tal vez á estas horas muchos suspiran por tí, y pensando en tus hechizos, no pueden conciliar el sueño; tal vez algún magnate... tal vez el mismo don Carlos, el hijo del virrey... ¡ah, si alguna vez conozco lo que vale la fortuna, es en este caso! ¡Tuviera un Estado, un nombre glorioso que poner á tus plantas!...

—¡Basta, Gonzalo! ya no solo eres injusto, sino que muestras tener de mí un concepto que no creí te hubieras forma-

do ¿Qué has visto en mí para juzgarme vanido a?, ¿te hablo de riquezas, de títulos y honores?, ¿no eres tú quien trae siempre en los labios la gloria, las proezas, el renombre, la fama que no muere, y mil otras cosas que apenas comprendo?, ¿no te he descubierto mi ambición, limitada á una vida modesta como la más conforme á mi carácter? Vivir siempre contigo, escuchando tus palabras, disfrutando tus caricias, pendiente de tus menores deseos, ¿no es para mí el colmo de la felicidad?

—¡Clara de mi vida!....

—¡Nada temas!, ¿qué mayor honra que llamarme tuya? ¡La nobleza!.... ¿qué cosa más noble que tu alma? No te apoques pensando que el hijo del virrey vale más que tú: yo en tu lugar me afrentaría si me compararan con él. No ya don Carlos, mas ni el monarca te iguala en bizarría; y si todos los reyes del mundo pusiesen sus coronas á mis pies, á todos los despreciaría por una sola palabra afectuosa de mi caballero!

—¡Quién al oírte no pierde el juicio! ¡Estrella de mi cielo, ángel mío, dueño de mi alma!... Todo el ardor de mi pecho, todo este incendio que me consume es nada para satisfacerte por lo que

acabas de decir.... ¡con que me amas tanto como yo te amo!....

—Ese cielo que nos está mirando me es testigo de que te adoro!

—¡Cuánto bien me hacen tus palabras!... mas, ¿qué ves tanto en el cielo?, ¿miras cruzar por él algún ángel?, ¿estás enamorada del cielo?

—Después de tí, él es el objeto que más amo en la tierra: es mi confidente.

—¿Y qué te dice ahora de mí?

La joven permaneció algunos instantes silenciosa; después respondió:

—No sé; pero me anuncia algo funesto!....

—¡Tú me asustas, alma mía!

—Como si dijese al corazón que esta es la última vez que estamos juntos... ¡mas, qué digo!.... no.... temores infundados, fantasmas; no me hagas caso. ¿Me amarás siempre?

—¡Ahora y en la eternidad!

No bien había proferido Gonzalo esta expresión, cuando el ruido de pasos que se acercaban en la calle hizo volver á Clara á su retrete.

IV

El amante puso la mano en el pomo de la espada y echó á andar con paso tardo hacia la calle de San Ildefonso, co-

mo tratando de esquivar un encuentro con la persona que venía en seguimiento suyo, y manifestando á la vez que no la temía; pero ésta se daba prisa para alcanzarle.

Advertiendo Gonzalo que le perseguía con ahinco, detuvo el paso para entrar en explicaciones. Un desconocido, embozado hasta la nariz con una gran capa, se le acercó.

—¿Quién sois, vos?, le dice encarándose á él sin miramiento.

—Un caballero, contestó Gonzalo con sequedad.

—No tan cumplido que pueda verse conmigo cara á cara!

—¿Por qué no?, probad, si queréis...

—Dijéronme que servís á doña Clara, y quise tener una prueba.

—¿Y la habéis obtenido?

—Muy cabal.

—Me alegro que no hayáis perdido vuestro tiempo.

—Pero hay que advertiros en este particular, que el haber obtenido esa prueba os costará caro.

—¡Lo veremos!

—¡Al instante!

—¡Al instante!

Y al decir estas palabras, iban ambos interlocutores á desnudar las espadas;

pero, mudando de parecer, convinieron en buscar sitio más adecuado y se dirigieron á la plazuela de Santo Domingo, á la sazón desierta. Llegan, cruzan los aceros, combaten largo espacio, asestándose denuestos, y al fin caé uno de ellos mal herido. Quiere su adversario prestarle socorro, pero no le da tiempo la ronda que se acerca, y emprende la fuga.

V

En la tarde del día siguiente, recibía doña Pánfila en su casa una visita ilustre, la visita del virrey.

Su excelencia en persona iba á pedir para D. Carlos la mano de la hermosa Clara, excusándose de que no le acompañase aquél, por hallarse algo indispuerto á causa de algunas travesuras juveniles; que le habían salido mal la noche precedente.

En poco estuvo que no se volviese loca doña Pánfila.

—Vamos, niña, declara al punto tu voluntad á su excelencia; la mía no puede serte más notoria; entiendo que debes darte prisa en aceptar la honra que se nos ofrece.

—¿Podrías otorgarme tan sólo tres días para pensarlo?

Doña Pánfila se mordió los labios; pero el virrey contestó con aire apresurado:

—De mil amores, hija mía; y ahora estimo en más tu mucho juicio, porque siempre es bueno para obrar pensar. ¡Hermosa y discreta! No sin razón te llaman la Estrella de México.

VI

Acababa de despedirse su excelencia, cuando madre é hija salieron al balcón atraídas por un cierto rumor de gente, que pasaba por la calle en número mayor que el ordinario.

—¿Qué será eso, madre mía?

—¡Ah, vaya! había olvidado participarte... sí, ¿no oyes doblar en San Ildefonso? Es un entierro: ve, ya sale el acompañamiento...

—Pero será el muerto algún colegial noble, ó tal vez uno de los reverendos padres jesuitas.

Era un joven de prendas. Su familia está inconsolable: ¡pobre, qué pérdida!... esto pica en historia. Los padres jesuitas han puesto el mayor empeño en que no se sepa el cómo fué esa

muerte; pero ya vez que en este mundo nada se oculta, y los criados que todo lo husmean.... Un desafío por amores, hija de mi vida! ¡Oh, qué mozo tan calavera! Se quedó anoche fuera del colegio, y á la madrugada, ya casi moribundo, entraba el desdichado á su cuarto en hombros de varios amigos que le trajeron desde el lugar de la contienda. Dicen que por poco no dá en manos de la ronda, y entonces hubiera sido grande el sonrojo de los deudos, porque el señor corregidor le hubiera tenido en las casas de ciudad á lo menos por algunas horas, y el caso se supiera á las mil maravillas. ¡Pobre familia! ¡cómo estará su madre!.... No vayas á contarlo!.... Me han dicho que es el hijo de la señora de Leiva.

—¿Quién de los dos, señora, porque son dos?

—Gonzalo.

—Gonzalo!

Distraída la madre por la gente, no hacía caso de Clara; más notando que ésta permanecía enagenada, volviéndose á ella, le dice:

—Pero, ¿qué tienes, hija, qué es eso?... ¡oyeme!.... no me oyes! ¡Válgame la Virgen! entremos! Ya no volveré á con-

CAPITULO A FONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

tarte semejantes historias!..... Soy una aturdida!

Las dos damas tomaron asiento. Clara permaneció cerca de un cuarto de hora inmóvil, con el rostro inclinado sobre el pecho y la vista fija en un lugar. Sus mejillas y frente tenían la palidez de la azucena. Después salió de su enagenación dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo dejó escapar una lágrima, limpia y brillante como una perla.

—Pero, mi alma, ¿por qué te ha conmovido tanto este suceso?

—Porque ese joven.... Gonzalo.... era mi único amor: ¡era el alma de mi vida! Con él todo lo he perdido, y hoy nada en el mundo vale para mí. . . . ¡Madre mía, ved aquí mi última voluntad..... la última merced que os pediré y que no dudo me concederéis....

Clara suspendió el curso de sus ideas al ver que la madre lloraba, y guardó silencio. Después prosiguió:

—¿Me la concederéis, madre mía? Es la mejor resolución que en estas aciagas circunstancias puedo tomar. Sí, cerca está el monasterio.... allí sepultaré mi dolor. El Señor me enviará una gota de consuelo en la soledad: oiré su voz en el silencio del retiro, y sus divinos acentos me infundirán la esperanza de vol-

ver á juntarme con Gonzalo en la eternidad!....

—Pero esta resolución debe tomarse con madurez, ¡Clara mía!, la elección que haces del estado de religiosa....

—No me pesará jamás. Muerto Gonzalo, toda me debo á Dios. Sí, esconderé mis días en el claustro.

—Pues bien, amada mía, obedece á la inspiración del cielo; sigue siempre sus avisos. Yo no podré otorgarte mi licencia sin profundo pesar, pues sabes cuánto te he querido desde niña, desde que jugabas sobre mi rodillas.... ¡Ah, qué días aquellos!, ¡si tu padre viviera!.... pero voy á quedarme sola en el mundo, separada de tí, sin tus gracias y cariño que han sido hasta aquí mi embeleso y mi ventura. El deseo de darte estado conforme á tu calidad, es lo que me ha detenido en el mundo; mas, renunciando tú al matrimonio y en la firme voluntad de consagrarte al cielo enteramente, á mí no me queda otro camino que volverme al campo á cuidar de nuestra hacienda, y sólo de cuando en cuando vendré á visitarte.... ¿Y á qué convento prefieres entrar?

—A la Encarnación; á la Encarnación.... para estar cerca de vos, mi buena madre: cerca de la casa donde nací y

me crié.... ¡tiene para mí tantos hechizos esta morada!, ¡abriga tantas y tan tiernas memorias!

—Hija, me ocurre—porque insisto en dejar la corte—decía que me ocurre una idea; yo no quiero conservar esta casa si tú no vives en ella conmigo; propondré á las religiosas que te concedan habitarla.

—¿Cómo puede ser eso?

—Bien, cerrándole toda comunicación para la calle y abriéndosela para el convento. Así las madres aumentan su casa con una finca más que puede serles muy útil con el tiempo, y tú consigues quedarte viviendo en la morada que tanto amas.

VII

Tres días después de este suceso, los curiosos pudieron observar á un gallardo joven que iba y venía por la calle de la Encarración, fijando la vista con asombro en la fachada de la casa de Clara. ¡Cuánta mudanza se notaba en ella! ¡ni puertas ni balcones! Unas y otros se delineaban en el muro á causa de los marcos que sobresallan; pero á las puertas y vidrieras habían sucedido cuadros de pared como las cubiertas de los ni-

chos de un panteón. El edificio del convento había hecho presa en aquella morada, asimilándose de tal suerte, que cual quiera afirmarla haberle pertenecido siempre.

Apenas podía el joven dar crédito á sus ojos, y le parecía soñar. A nadie preguntó qué significaba aquel extraño cambio. Después de clavar una mirada horrible en la fachada ciega é inexorable de aquella casa, echó á andar precipitadamente por la segunda calle del Reloj.

Era D. Carlos que iba á saber si por fin Clara aceptaba ó no su mano; pero la hermosa le había preparado la respuesta algún tanto ruda. La Estrella de México, se había eclipsado.

VIII

Fundación.

Del patio de los lavaderos, y atravesando el departamento principal, puede el observador pasar bien al noviciado, bien al patiecito contiguo á la iglesia, en donde no verá con desdén una fuente, ó más bien, arca de agua, que ocupó el

CAPITULO ALEXANDRINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.